

Úrsula tenía razón, nunca tuvimos el mapa. De haber existido, no habríamos acabado atrapadas en aquella cripta con olor a humedad, cera derretida y pan mohoso. Apenas unas horas antes habíamos cruzado el jardín del monasterio, aparentemente abandonado.

Las clarisas seguían allí. Lo sentíamos. Rígidas, silenciosas, vigilándonos tras las celosías como vencejos y urracas. Decían que habían roto con Roma porque conocían una verdad prohibida. Antes del cisma ya habían dejado de vender pastas: ahora comerciaban con otros "comestibles" que volvían dóciles a los peregrinos. Con una fina capa de polvo de cristal. Después... algunos desaparecían. Nadie los echaba de menos.

Úrsula y yo buscábamos a nuestra madre, ingresada meses atrás en aquel lugar. La madre Paz nos recibió con una sonrisa llena de huecos y una piel blanca como la sierra tras el convento.

—El mapa que pedís no lleva a un lugar —susurró—, sino a una revelación.

Ahora avanzábamos siguiendo los cánticos. Al final del pasillo hallamos una sala repleta de cuerpos arrodillados, respirando apenas, con la boca cosida con hilo rojo. En el centro, nuestra madre levitaba sobre el altar.

Entonces entendí el cisma.

No abandonaron la Iglesia. Fue la Iglesia quien quiso encadenarlas cuando descubrió que, bajo el hábito, esas mujeres también podían tener hambre.